

SUSCRIPCIONES

Madrid, un mes ... 2,50 ptas.
Provincias, trimestre 8,00

25 EJEMPLARES 1,75 PESETAS

LA LIBERTAD señala a sus lectores y anunciantes que es el periódico de más grandes tiradas:

La Libertad

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director

Apartado de Correos 981

CASA DE LA LIBERTAD Redacción: MADRID, 8
Administración: SAN ROQUE, 7

Número suelto, 10 céntimos

DEL PENSAR Y DEL VIVIR

PASTORES REBELDES

«Duele decirlo, pero hay que decirlo, porque es verdad: después de diecisiete siglos de apostolado, la idea cristiana para no ha impedido un solo día en el Mundo.»

Gañivet: «Ideario español». Pág. 84.

La adhesión constante de algunos sacerdotes católicos a las ideas republicanas y aun a las socialistas revela, en los verdaderos discípulos de Cristo, un notorio progreso. Recuérdese que allí, en los tiempos de la primera República española, no hubo un solo pastor de almas que no se pusiera enfrente de los representantes del Pueblo, unas veces con la sabiduría y elocuencia de Monterola, y otras, con la cerril ferocidad intrínseca del famoso cura de Santa Cruz. Son ya muchos los sacerdotes que entienden que no es justo llamarse cristiano cuando se contraría la doctrina evangélica y que ella es opuesta y lo ha sido siempre a la desigualdad social, al despotismo y a la explotación de unos hombres por otros hombres.

Las predicaciones de Jesús de Nazareth contra los ricos son harto conocidas. No lo son tanto las disertaciones de San Basilio, de San Juan Crisostomo, de San Ambrosio y de San Cipriano. Ellas pudieran servir de programa actualmente a los más desenfrenados comunistas. La patria del verdadero cristiano no es de este Mundo, y por ende, el amor a las riquezas y el apoyo a los fuertes es incompatible con la doctrina de quien aconsejó, como camino de perfección, abandonar todo lo humano, incluso al padre y a la madre, cargar con la Cruz y seguir abnegadamente al Ideal.

No pretendo decir con esto que el Cristianismo sea suficiente explícito para resolver actualmente el problema social. Su menosprecio de todo lo humano, su desdén del cuerpo y todo lo terreno para pensar únicamente en una vida de ultratumba, si bien condena las riquezas, le incapacita para servir de guía en los problemas sociales contemporáneos. Harto se ha visto su incompreensión y su vuelta perdurable a la teoría de la caridad en los ricos y de la resignación en los pobres, que nada ha resuelto en veinte siglos, al ser conocida la famosa Enciclopedia «Cuarta cura». Las doctrinas cristianas no bastan para solventar los conflictos actuales; pero, de todas suertes, es un progreso ver que muchos sacerdotes, aun con riesgo de ser expulsados del seno de la Iglesia, invocan las palabras de Cristo para colocar en frente del capitalismo y sus nefastos frutos, la doctrina de los pobres, de los que padecen hambre y sed de justicia; entizando así la doctrina de Moisés, cuando dijo en su allocucion a los judios: «Oh, Israel: tú no consentirás que en tu seno haya un solo indigente ni un solo mendigo» (Deuteronomio), con la de monseñor Bonomelli, al exclamar indignado: «Esas fortunas enormes, esos montones de oro puestos en pocas manos, esos Cresos de América, que se solazan disipándolos a capricho, me causan horror; representan un monopolio horrible, un desorden social profundo, una verdadera tiranía abominable.»

Estos sacerdotes demócratas quisieran seguir el ejemplo de los grandes predadores americanos, de los Irlandes, de los Manning, de los Newman, de los Ketteler, de los Bonomelli, del gran Gibbons, de quien decía, con razón, Loecers: «Habla y todo el mundo le escucha; se mezcla con el pueblo, visita constantemente las escuelas, las Iglesias, los hospitales. Nada tiene de Príncipe de la Iglesia; sus costumbres son las que tenía cuando se hallaba en el primer escalón de la jerarquía. Es accesible a todos, amado, buscado en todas partes. Tengo la convicción de que el cardenal Gibbons es el hombre de Estado y el guía de hombres más grande de América.» Estas

últimas palabras son de Ireland (la Iglesia y el Siglo).

«Pero toda esta orientación ha sido condenada recientemente por la Iglesia al lanzar sus anatemas sobre el llamado «modernismo» cristiano. La Iglesia no tiene más remedio que acomodarse a las declaraciones de Pío IX, de aquel Mastai Ferretti que creó el neocatolicismo con su famoso «Syllabus». No hay que insistir ni engañarse. El catolicismo es incompatible con el liberalismo, con la Democracia y con las teorías redentoras del Proletariado. No hay más que autoridad y esa viene de lo alto. Lo que ella ata en la tierra será atado en el cielo.» «Quocunque ligaveris in terra...» Es la Iglesia la que unge a los Soberanos y la que puede destituirlos. Al pueblo toca obedecer y callar, como obedeció y calló el rebano. (¡Pasos oves meas.) Todos los intentos generosos de un Ireland o de un Gibbons, como los de un López Dóriga, se estrella contra las decisiones de la Curia Romana y de las Congregaciones expurgatorias. Y el Pueblo ha acabado por hacerse a la idea de que la Iglesia es su enemigo. puesto que, indefectiblemente y en toda ocasión, se pone de parte de los fuertes, con quienes comparte el poder, y en frente de los miserables, a los cuales les aconseja la resignación para ganar el Cielo; pero negándoles hasta los sufragios, que cuestan dinero y que no pueden costear; para ellos no hay funerales, ni misas, ni respuestas, ni aniversarios; trán al Cielo, pero a pie y descalzos; allí seguirán siendo almas desaharrapadas, tristes y melancólicas, y temiendo ser clasificados como

los clasificaba Varrón («De re rustica») entre los bueyes y los instrumentos de labranza.

«¡Qué misión tan noble, tan exoleta, tan digna de su fundador tenía la Iglesia que cumplió! Colocada al frente de los trabajadores que piden justicia, ella se encargaría de ser su representante y su guía, despreciando riquezas y honores, recordando que el padre de Jesús maneja la garlopa y su madre la aguja, o aquellos otros tiempos en que según la frase de Tertuliano, los cálices eran de barro y de oro los sacerdotes. Todos los desvalidos irían al templo con verdadera unión. Despojado el dogma de misterios y de absurdos, que serían explicados como símbolos y alegorías propias de tiempos preteritos, conservando el edificio religioso a trueque de dejar derrumbarse el muro de lo tradicional, la Iglesia llevaría a los trabajadores a la realización de sus ideales, sin derramamiento de sangre ni desesperados anarquismos. En último trance, siempre sería el consuelo de los afligidos, como dice la Letanía, sin probarlo con hechos, y todos los románticos y los sedientos de ideales se acogerían a su seno, que sería el de la Suprema Justicia.

Pero la Iglesia no ha seguido este camino; se ha obstinado en conservar la letra absurda, desdénando el espíritu bello y racional. Se ha puesto de parte de los fuertes, ha condenado todo intento de emancipación; no quiere mirar en los hombres sino corderos («agnos meos»), y ha acaparado las riquezas para ayudar a los explotadores de pueblos y a los engendradores de guerras. Y así, las masas trabajadoras acaban por lanzar el grito de lucha, ese grito del cual dijo Laclau («Arbeiterprogramm») que aun en los instantes en que el Pueblo lo lance con entonación de canto guerrero, seguirá siendo, por su contenido, un verdadero grito de amor.

ANTONIO ZOZAYA

EN LAS HORAS INQUIETAS

La sonrisa del ídolo

Todos los enemigos del señor presidente del Consejo de ministros egrimen como argumento incontestable contra su actuación política, que consideran desastrosa, la aduetez, el desdén y el desahinamiento característicos de la persona del Sr. Azaña. «¡Qué se puede esperar—exclaman—de un hombre que ni siquiera sonríe!»

Es lo cierto que España ha pasado bruscamente de la sonrisa alegre de Alfonso XIII al gesto agrio y desapacible del actual jefe del Gobierno, tras el breve interregno de la actitud bonachona del Sr. Alcalá Znmora. Tenía que ser así. Al cambiar España de régimen había necesariamente de mudar la expresión de sus gobernantes. La sonrisa del último monarca representaba tácitamente la cortesanía, el halago de la potestad heredada, la vida blanda y fácil. En el esquinazo del Sr. Azaña se concentran valores muy distintos: la amargura de la lucha, la actitud de los nuevos modos, la repulsa hacia la vieja política fracasada.

De la misma manera que mucha gente no se aviene con la fisonomía de la República, repulsa la de su primer ministro. Quien que sonría amablemente, que adopte ademanes mundanos, que se muestre lisonjero. Le echan en cara que carezca de esa suavidad y endulzamiento que abundan en otras figuras políticas de casa y del Extranjero. En modo alguno toleran que el Sr. Azaña permanezca serio y circunspecto e insensible a los requerimientos de los que quisieran convertirlo en un tarro de jalea. El Sr. Azaña no puede—y no quiere—continuar la tradición de los Jefes de Gobierno monárquicos que han tenido a España durante tantos años pendiente de una sonrisa y una palmadita en el hombro. «Sonreír—escribió la reina de Rumanía «Carmen-Sylva»—, sonreír constantemente como los ídolos; esto forma parte de nuestro papel.» Sonreír a todo el mundo, sonreír a todas horas, sonreír siempre, es

lo que aquí se ha venido haciendo, y bajo el respaldar de esa sonrisa hemos gobernado de la peor manera posible.

El Sr. Azaña—Invulnerable como el inca Atahualpa, contra el que se embotaban todas las cruces y todas las argucias—o sea, acaso, con Queiroz, en la decadencia de la risa» bajo el peso de una civilización tan complicada y un estado social tan caótico, y no se atreve a sonreír. Tiene alterado con su sonrisa el momento político español. Su gesto es, exactamente, esa ley de Defensa de la República que ensombrece el semblante de la Constitución. Mientras se proyecte sobre España, torva y sombría, esa ley, ni la República ni el Sr. Azaña podrán sonreír.

Los palatinos y cuantros esparaban algo de la monarquía solían hablar del influjo magnético de la sonrisa del rey. La as-

La Redacción de LA LIBERTAD está formada por Joaquín Aznar, director; Antonio de Lozama, subdirector; Ricardo Hernández del Pazo, redactor jefe; Augusto Barcia, Carlos Sonei, Rafael Carbonell, Manuel de Castro Tiedra, Antonio Dubois, Teresa de Eozoriza, Heliodoro Fernández Evangelista, José Manuel Fernández Gómez, Antonio García Romero, Francisco Hernández Mir, Rafael Hernández Ramírez de Aída, Angel Lázaro, Manuel Machado, Antonio de Miguel, Antonio Nicas, Manuel Ortiz de Pinedo, Darío Pérez, Arturo Pérez Camarero, Carlos Pérez Ortiz, Siderio Pintado, Pedro de Répido, Alfonso R. Kuntz, Francisco Rivera Gil, Alfonso Sánchez, Luis de Sivral, Lázaro Sánchez Silva, Luis de Tapia, Alejandro de la Villa, Antonio de la Villa y Antonio Zozaya

COPLAS DEL DIA Contramarcha

«Hitler se achica...
¡Ya no es tan bravo!...
Hitler es bueno y, al fin y al cabo, ya a los rabinos no pisa el rabol...
¡Contra el judío cesa en su tren!...
Y otra vez triunfa Jerusalén!

Hindenburg dice, por las señales, que ante los nuevos textos legales son los germanos todos iguales...
¡Que el boloteo muy mal está, y que el tal Hitler metió la pal!

Desorientado va aquel Quijote; no sigue un rumbo para el asote; no tiene guía...
¡Ni en el bigote!

Y ahora se encoje tras su actuación, cual si a una ostra, la echan limón!

Del bello Hitler, el primer paso puede dactarse que fue un fracaso; de sus bravatas nadie hace caso!...
¡Y hoy el valiente marchoso aquí, da contra marcha ante Israel!

(¡Mejor pa' él!) LUIS DE TAPIA

pereza, el despego del Ilustre Ilustrado que preside el Gobierno también ofrece, por raro contraste, cierto poder de seducción. Es como esos amargos de la farmacopea, a los que acaba uno por acostumbrarse y encontrarles el gusto. Y si uno se siente ministerial, no es difícil entonces hallarles la miel.

Es, en suma, el del Sr. Azaña, no solamente su gesto personal, sino todo el trazo fisonómico del régimen en estos instantes. La República necesitaba para manifestarse de un semblante un poco rígido, y el Sr. Azaña no tuvo inconveniente en prestarle el suyo. Necesitaba, por su parte, el Sr. Azaña, el hecho que habla de simbolizar, y la República se apresuró a proporcionarle la ley de Defensa. He aquí por qué el Sr. Azaña, mientras esa ley subsista, no podrá—aunque lo intentase—arrancarse el gesto y sonreír—forzada y rutinariamente—con esa perpetua sonrisa de los ídolos.

J. ORTIZ DE PINEDO

Madariaga vuelve a París

París, 4.—A las siete y media de la tarde, en el subexpreso, ha llegado a esta capital el embajador de España, Sr. Madariaga, que fue recibido en la estación por el ministro consejero, Sr. Aguilaga; cónsul general, Sr. Prieto del Río; personal diplomático de la Embajada y agregados comercial, militar y universitario.

En el mismo tren llegó el nuevo agregado de Aeronáutica a la Embajada de España, Sr. Legorburi.

HA MUERTO MADAME DOUMER

París, 4.—Esta mañana ha fallecido Mme. Doumer, viuda del que fué presidente de la República.

La dictadura en el Uruguay

Terra, más confiada Buenos Aires, 4.—Comunican de Montevideo que el presidente Terra ha abandonado el cuartel de bomberos, donde se alojaba, y ha regresado al palacio del Gobierno.

¡Sublevación de los aviadores! Comunican de Montevideo a los periódicos argentinos que la Aviación militar uruguaya se ha sublevado contra el nuevo régimen.

Por otra parte, los estudiantes de Montevideo organizan continuas manifestaciones de protesta.

Noticias desmentidas Ha sido suprimida la censura telegráfica en Montevideo. Se desmenten los rumores que habían circulado relativos a supuestos disturbios y las noticias que afirmaban se había sublevado la Aviación militar. Manifestación estudiantil disuelta Montevideo, 4.—Los estudiantes han desfilado por las calles céntricas en manifestación de protesta contra el Gobierno. Ante la actitud de los manifestantes la Policía se ha visto obligada a emplear porras y bombas de gases lacrimógenos para dispersarlos. Se han practicado algunas detenciones.

PAGINAS

SOÑANDO

(Del Concurso de Crónicas de LA LIBERTAD)

Al maestro Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Acaba de sentarse; acaba de colocar ante sí un rimer de nidadas cuartillas; acaba de apresurar la pluma entre los dedos; acaba de encender un cigarrillo que oprime entre los índice y corazón de su siniestra mano; acaba un reloj cercano de regalar a la noche otonal el sonido tembloroso de diez campanadas rítmicas, y acaba de hacerse un silencio profundo, un silencio que late, un silencio que palpita.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Es el reloj el corazón del silencio. Es el silencio el alma del tiempo. Y es el tiempo el suspiro inmortal, eterno, que vase nutriendo con los suspiros todos de todas las humanas vidas...

Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Ha unos minutos que hallase sentado, inclinado ligeramente hacia las cuartillas, contemplálas arrobado; diríase que las aconciaba con su mirada clara, límpida, joven, mirada brillante de ilusiones mozas, de esperanzas lozanas, de entusiasmos fogosos. El dedo meñique de su mano diestra apenas si roza la albura tersa de la primera cuartilla; diríase que teme mancharla, que teme oprimirla, que teme causarle daño. El antillado punto de su pluma inexplerta permanece alejado unos milímetros de la superficie blanquisma del papel; diríase que tiene miedo a herirle con sus rasguños, que tiene miedo de ensuciarle con su sangre negra. No se estremece su cuerpo; no se cierran sus párpados; su mano derecha no se mueve; su pluma no escribe. Quietud plena, absoluta. Quietud sólo rota por su nerviosa mano izquierda, que al acercar y retirar de sus labios el cigarrillo, ya medio deshecho en volutas caprichosas de humo azulado. El tiempo, oculto a su lado, va bebiendo los suspiros que huyen de su pecho mezclados en las bocanadas de humo. Piensa, fuma; sigue quieto. El tiempo no pasa; es él quien va pasando, tumévil, por el tiempo. Y el alma del tiempo, el silencio, se agranda y achica el cerco que le tiene puesto. Y el corazón del silencio, el reloj, aproximase cauteloso a sus oídos con sus latidos más sonoros cada vez...

Tic-tac, tic-tac, tic-tac... El escritor incipiente, henchido de entusiasmos, esperanzas e ilusiones, aun no ha escrito nada. El fascinador arriño de las cuartillas continúa humaculado. Pero su cuerpo ha variado de postura; la pluma ha resbalado de sus dedos y yace desmayada sobre la mesa; sus manos lian, convulsas, otro cigarrillo; y su mirada rueda del cigarrillo a la pluma, de la pluma a las cuartillas. Breve ensimismamiento. Después, quedo, muy quedo, sus labios descoloridos dicen al silencio intenso: «No puedo, no puedo; no valgo, no sirvo...» Y el silencio, incommovible, con más recio palpitante, responde:

Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Su pluma, zigzagueando trémula, veloz, ha ensartado unas letras, ha trazado unos renglones. Leamos: «Yo—perdonad que hable de mí, de mí que no soy nadie—tenía una idea. Una idea que, en muchas horas de pensaria, de meditación, fuita concretando, moldeando, dándole forma. Cuando consideré estaba bien hecha, bien pulida, bien hilvanada en las recomidencias de mi cerebro, decidido, optimista y feliz, me propuse trasladarla a las cuartillas. Todo porque la estimaba grande, preciosa, original. Y en este instante supremo, en este momento preciso, la busco por todas las concavidades, por todas las hendiduras, por todos los recovecos de mi cerebro, sin hallarla. Y me aprehende el desaliento; me tortura el fracaso. Aturdidas, embarulladas, confusas, acométeme un torbellino de ideas. Entre todas nublán mi razón, ensombrecen mi pensamiento, inmobilizan mi pluma, aniquilan mis ilusiones, mis entusiasmos, mis esperanzas. Y el tiempo corre y no encuentro esa idea... ¡Qué valdría cuando así ha desaparecido! Nada; esto es lo cierto, nada; no valía nada. Y el desaseo me abraza, y mi im-

potencia me corroe, y el silencio que me rodea me ahoga...»
No hay más escrito. Tan sólo una cuartilla. Avido, léela una, dos, diez veces. Y, faneidos unos segundos, la emborrada cuartilla cae rota, estrojada, sobre un rincón de la mesa. Y al silencio, inexorable, continúa:
Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Otra cuartilla escrita. Veamos su contenido:
«Oigo el silencio, siento el silencio, palpo el silencio. Aborrezco, odio este silencio que me asfixia. Nunca supuse que el silencio fuera tan despiadado, tan cruel. Palpita en mi corazón, en mis venas, en mi cabeza. Cada latido mío es un pinchazo doloroso en todo mi ser. Devora mis ansias, esclaviza mi libarad, desata mis nervios. Con refinada mala intención se ceba en mis sentidos, martirizándolos. Sabe que soy un aprendiz, que me atenaza la inexperiencia, que me domina la incertidumbre; sabe que no sé lo que saber quisiera, y con sibiaria llimpedad se aprovecha de su superioridad notoria para desorientarme, para esterilizar mis propósitos, para destruir mis anhelos. Su proceder es comparable al viejo caballo del cuartel que, conociendo de quien le monta, se domeña al veterano y al quinto le derriba. Silencio, di, ¡te ensañas igual con el maestro que con el discípulo! ¿A cuántos cientos de novelas estás torturando ahora mismo! ¡Has berrido así a los noveleros de ayer, maestros hoy! ¡Acaso te comedon se devastar con tus latidos constantes los sueños vírgenes de las juvenidades que sueñan! Pues ve te odio, te aborrezco, silencio. Vete, vete; déjanme escribir, que pienso... ¡Oh! Ahora te palpó, te siento, te oigo más, más, más...»
Otra cuartilla que ha sido estrajada, rota. Y al silencio, sordo, que...
Tic-tac, tic-tac, tic-tac... «No sé si es lógico, natural, razonable lo que me acontece. Sólo sé que mi situación es extraña. Necesario es reconocerlo. Jamás me suendí cosa igual. Ni pareciera siquiera. La razón me dice: tú eres tú; la lógica apoya: tú no puedes ser otro que tú; lo natural afirma: tú has sido, eres y serás siempre tú. Y, sin embargo, yo oro que no soy yo, yo a aseguraría que no soy yo. Porque yo, aun contra lo natural, lógico y razonable, en estos minutos tan míos, me entoncelo extraño a mí mismo. De tal modo extraño, que me parece que he escapado de mí, que estoy fuera de mí. Y que, desconcertado, desde fuera me estoy viendo, me estoy mirando. Y que al mirarme, al verme, no me conozco. No me conozco, porque «ese yo» que contemplo me da la triste, la deplorable impresión de quien navega por la vida a la deriva. Eso que anda y desconoce por qué anda, que se detiene e ignora por qué se detiene; que ha ido a cualquier parte y no sabe por qué está allí. Ese que luego, admirado, se pregunta: ¡Por qué he andado! ¿Quién me ha mandado detenerme! ¿A qué he llegado aquí! Y nunca acertía a responderse concretamente. Uno de esos se me antoja «ese yo» que contemplo. Sin duda no sabe con qué fin se sentó, con cuál intención extendió las cuartillas, con qué propósito apresó la pluma. Tal demuestra su actitud. Cien veces soltó la pluma; otras tantas la cogió. Mil veces cubrió las cuartillas, que ni una sola se descolocaron. Tan pronto parece que piensa, por su extática quietud, como que duerme, por su serena inmovilidad, como que ha perdido el juicio, por la forma de mesarse los cabellos. En millares de segundos es todo lo que ha hecho. Esto y devorar cigarrillos. Consumir cigarrillos es el único trabajo que ha realizado constante, sin titubeos. ¡Y ese soy yo! No, no me conozco. Ese yo que observo desde fuera de mí no es, no puede ser el que llevo, empujado por el albor de su juventud, por la aurora de su vida, para bordar en las cuartillas, con la aguja de su pluma y con el hilo de la madeja de sus sueños, los pétalos polícromos de un aterciopelado y sencillo pensamiento. No, no soy yo, ese yo que, o porque lo ha olvidado, o porque no sabe, o porque, como

